

Capítulo 30 - Manchando el vocabulario del anciano

¿Lo admities?

¡Qué audacia la de este hombre, de este... impostor, de pretender que podría desentrañarme con tan viles manipulaciones!

Mi coño —oh, cómo detestaba esa palabra incluso mientras resonaba en mis pensamientos— se apretó involuntariamente alrededor de sus dedos invasores, un espasmo traidor que envió una nueva ola de calor resbaladizo que cubrió su mano.

El húmedo schlk-schlk-schlk llenó la cámara como un ritmo profano, cada embestida se curvaba más profundamente, rozando paredes que nunca supe que podían encender tal fuego.

Su pulgar golpeó mi clitoris otra vez, agudo e insistente, cada chasquido como una chispa en yesca seca, aumentando esa presión infernal hasta que mis muslos temblaron a pesar de mi voluntad de hierro.

¿Nacido para esto? ¡Qué absurdo!





Yo era el anciano Feng Lianhua, forjado en los crisoles de las tribulaciones del Alma Naciente, no un recipiente destinado a la degradación carnal.

Sin embargo, el calor... se extendió como veneno por mis venas, mi piel se sonrojó bajo los tenues rizos con los que jugaba, tirándolos como si fueran cadenas que me ataran a esta degradación.

Evidencia, las llamó, prueba de la traición de mi cuerpo.

Acabaría pronto con esta farsa, lo destrozaría con un simple pensamiento, pero... la curiosidad me atrapó.

¿Qué hechicería hizo que mi cuerpo se filtrara así, desafiando toda lógica?



Sus dedos seguían avanzando, implacables, la intrusión ahora era una fuerza palpitante que hacía que mis paredes internas se agitaran y se apretaran, los sonidos resbaladizos se hacían más fuertes.

schlk-schlk-schlk—

como burlándose de mi resistencia.

Mi respiración se convertía en jadeos cortos y renuentes, la presión se apretaba más, mi clítoris palpitaba bajo cada



movimiento de su pulgar, enviando sacudidas que hacían que mis caderas se sacudieran una, dos veces, contra mi orden.

El desdén luchaba con un hambre alienígena; la lujuria era para los débiles, un caos de fluidos y gritos, y sin embargo, aquí me arañó, exigiendo rendición.

Entrecerré los ojos y mi voz emergió como escarcha a pesar del fuego que se estaba formando en mi interior.

¿Pretendes sermonearme sobre el destino? Esto... esto no es más que una ilusión. Deja de hacerlo, o...

Él se detuvo.

De repente, por completo, sus dedos se retiraron de mis profundidades con un estallido húmedo y succionador que me dejó... vacía.

La repentina ausencia fue un shock, mi coño se apretó alrededor de la nada, un hilo de mi propia excitación goteó por mis muslos en evidencia vergonzosa.

La confusión nubló mi mente: ¿por qué detenerme ahora, cuando su ritmo vulgar había sido tan insistente?





Sus ojos, oscuros y penetrantes, fijos en su mano, ahora brillando con mi esencia... y algo más.

Una mancha carmesí, marcada contra su piel. ¿Sangre? ¿Mi sangre?

"¿Eras virgen?" preguntó, con un tono teñido de genuina sorpresa y frunciendo el ceño mientras examinaba sus dedos.

¿Virgen? La palabra parecía absurda, una reliquia de locuras mortales que había superado hacía tiempo.

Pero la visión de esa raya roja me confundió aún más: ¿me habían herido?

Mi cultivo debería haber curado cualquier pequeño desgarró instantáneamente.

Entrecerré los ojos y me incorporé bruscamente, ignorando el modo en que mis pechos se movían con el movimiento, pesados y enrojecidos por sus atenciones anteriores.

"¿Qué es esa cosa?", pregunté con voz áspera como un viento glacial, señalando la sangre en su mano. "¿Me atacaste? ¿Alguna espada oculta en tu engaño?"





Se movió como un rayo; antes de que pudiera convocar siquiera un destello de qi para hacerlo volar, su boca se selló sobre la mía en un beso feroz, sus labios chocando contra los míos con una fuerza contundente.

Su sabor me invadió: sal y calor, su lengua abriéndose paso entre mis labios entreabiertos para enredarse con los míos, exigiendo sumisión.

Mis manos se levantaron instintivamente para empujarlo hacia atrás, pero él las atrapó en un movimiento rápido, sujetándolas ambas por encima de mi cabeza contra la cabecera con un único e inflexible agarre.

Su fuerza era sobrenatural, potenciada por la maldad que lo alimentaba, manteniéndome cautiva mientras su mano libre recorría mi cuerpo una vez más.



Podría haberlo terminado allí.

¿Lo empujé? Un simple golpe de mi Alma Naciente lo habría estrellado contra las paredes, reducido a harapos ensangrentados y huesos destrozados.

Diablos, un solo pensamiento podría convocar cadenas de hielo para atarlo y despellejarlo vivo.

Pero... quería ver sus trucos.

Este calor, esta inexplicable fuga de mi interior, desafiaba la razón.

La lujuria era absurda, un torbellino contaminado de cuerpos golpeándose y entrando en lugares prohibidos, y aun así me carcomía, la curiosidad superaba al desdén.

Que revele su mano; yo lo aplastaré después.

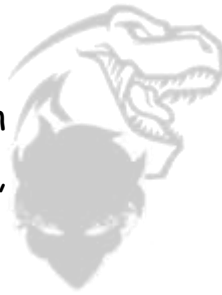
"Ahhh..."

El jadeo se escapó sin querer cuando sus dedos se hundieron nuevamente en mi coño, no uno, sino dos, gruesos e insistentes, estirándome con una entrada resbaladiza y ardiente.

¡Calla!

El sonido era obsceno, mis paredes se abrieron a su alrededor, apretándose instintivamente mientras él las penetraba profundamente.

Mi cuerpo se calentó instantáneamente, como un horno encendido, la piel se sonrojó desde mi pecho pálido como el mármol hasta mis muslos, un calor febril se extendió y no tenía sentido.





¿Por qué? Yo era el Anciano Feng Lianhua, intacto, inquebrantable, pero mi coño goteaba profusamente ahora, la excitación brotaba de sus dedos en oleadas calientes y resbaladizas, goteando por mi trasero y acumulándose debajo de mí.

La confusión se arremolinaba en mi mente; no era dolor, ni lesión, sino una presión creciente que hacía que mis caderas se contrajeran, buscando más a pesar de mí mismo.

"¿Qué... brujería... es esta?", logré decir entre jadeos, con la voz quebrada mientras sus dedos empezaban a penetrarme con intensidad, bombeando dentro y fuera con un ritmo implacable, curvándose para golpear esa sensible pared interior una y otra vez.

Schlk-schlk-schlk—

Los sonidos húmedos y rítmicos llenaron la habitación, cada embestida enviaba nuevas fugas desde mi centro, mi vello púbico enmarañado y brillante, enmarcando la traición como la "evidencia" de la que se había burlado.

Él no respondió con palabras.

En cambio, su boca descendió de nuevo, sellando mis protestas con otro beso, profundo, devorador, su lengua invadiendo como un conquistador, saboreando mi confusión y sacando gemidos ahogados que no pude reprimir.





"Mmmm..."

Mi cuerpo se arqueó contra mi voluntad, mis manos se esforzaron inútilmente sobre mí y mis pechos se agitaron mientras el calor se intensificaba.

Sus dedos golpeaban más fuerte ahora, sus nudillos rozando mi clítoris con cada embestida, la doble sensación hacía que mi coño se apretara y revoloteara salvajemente.

Fumé más, sin control, la sustancia resbaladiza cubriendo su mano, goteando en obscenos riachuelos. ¿Por qué mi cuerpo estaba haciendo esto?

La lujuria era una tontería contaminada, un caos de fluidos y gritos, pero allí estaba, mi núcleo calentándose como qi fundido, traicionando siglos de pureza.

Quería alejarlo, terminar con esa farsa, pero la curiosidad me impedía comprender ese "engaño" que hacía que mi carne ardiera y supurara como una presa rota.

Él rompió el beso, recorriendo con sus labios mi cuello, mordisqueando la piel con mordiscos provocativos que dejaron tenues marcas rojas (chupetones, como los llamaban los mortales) antes de llegar a mi pecho.





Su boca se aferró a mi pezón sin piedad, hundiendo los dientes con una mordida aguda y despiadada que me hizo gritar.

"¡Ahhhh—!"

El dolor y el placer explotaron al unísono, el pezón se endureció instantáneamente bajo el ataque, hinchándose mientras él chupaba y mordía, dejando moretones morados floreciendo a través de la pálida hinchazón de mi teta.

Durante todo ese tiempo, sus dedos no pararon de golpear mi coño con una fuerza brutal, schlk-schlk-schlk resonando cada vez más fuerte, más rápido, su pulgar ahora se unía para golpear mi clítoris en ráfagas rápidas y castigadoras.

Cada movimiento me enviaba sacudidas, mi cuerpo se calentaba increíblemente más y mi coño goteaba en chorros que empapaban las sábanas debajo de nosotros.

No entendí, mi centro palpitaba, apretándose alrededor de sus dedos como si anhelara más, la humedad brotaba como si mi cuerpo tuviera una fuga que no podía sellar.

La confusión se ahogó en la marea creciente; ¿por qué esto se sentía... bien?





Manchado, sí, pero el calor crecía sin descanso, mis caderas se sacudían contra su mano a pesar de mi estado inmovilizado, mi respiración salía en jadeos entrecortados.

Mordió con más fuerza mi pezón, sus dientes rozando el pico sensible antes de succionarlo profundamente dentro de su boca, su lengua girando sin piedad mientras sus dedos me follaban sin pausa, hundiéndose profundamente, curvándose para raspar ese punto interno que hacía que las estrellas estallaran detrás de mis ojos.

"Nhhh... ahhh... detente... ¿qué está... pasando...?" Jadeé, con la voz quebrada mientras mi coño goteaba aún más, los sonidos resbaladizos volviéndose más descuidados, schlk-schlk-schlk llenando mis oídos como una confesión vergonzosa.



Mi cuerpo ahora estaba en llamas, la piel ardía, el centro palpitaba con cada embestida y golpe, la presión se hacía más fuerte hasta que apenas podía pensar.

Los chupetones florecieron en mi pecho como cicatrices de batalla, morados y en carne viva por sus mordeduras, pero el dolor se transformó en algo más, algo que hizo que mi coño se apretara más fuerte, goteando profusamente como si rogara por liberación.

Podría haberlo rematado con un golpe, haciéndolo estrellarse contra la pared, pero me contuve, atrapado en la red de mi propia curiosidad.



¿Qué truco era este que hacía que mi cuerpo virgen se calentara y goteara como una puta común?

La confusión me consumió, mientras el placer crecía hasta un punto devastador y mis gritos resonaban sin control en la cámara.

Se apartó de mi pezón con un chasquido húmedo, la carne roja y marcada, sus ojos brillaban con oscura satisfacción mientras sus dedos golpeaban, más profundo, más rápido, el pulgar golpeando mi clitoris sin piedad.

"¿Lo sientes, Anciano? Tu cuerpo está despertando, goteando por mí, calentándose como siempre estuvo destinado a hacerlo. Nacido para ser follado, ¿recuerdas?"

Su voz era áspera, pero yo solo pude jadear, mi coño se apretaba salvajemente, goteando a raudales mientras el mundo se convertía en calor y confusión.

